

¿Conque molinos?

Allá vamos

De pronto lo vimos claro. Gracias a las declaraciones del Brigadier Borad, que nos llamó quijotescos, y propensos a darnos de bruces contra la realidad, por no verla. Nosotros creíamos que eran gigantes, y como tales de gran tamaño, pero al fin y al cabo de carne y hueso. Y resulta que eran molinos de viento. Los vimos de pronto, muy nítidamente, con sus enormes aspas y, sobre las aspas, en tubos de neón, sus nombres bárbaros: ANCAP, UTE, ANTEL, ANP, BSE, BROU, BHU, qué sé yo. Colosales estructuras, de una realidad apabullante, de una solidez desoladora. Vimos sus muros, levantados con las piedras ciclópeas del privilegio, fortalecidos con la tenaz argamasa de los intereses creados. . .

La tarea era mayor de lo que habíamos pensado. Si sólo se tratara de gigantes. . . Pero, ¿quién quiere lanzar su cabalgadura contra edificios inconvertibles? Haría falta un alma muy grande, como la de aquel entrañable caballero manchego, a quien ningún molino de viento logró nunca arredrar.

Si tuviéramos esa clase de coraje, atacaríamos. Porque, como saberlo, lo sabemos con la más absoluta certeza: ese colosal ejército molinero está plantado en el camino que nuestro país tiene que recorrer hacia su vitalidad largamente perdida, de regreso hacia la encumbrada posición que antaño ostentó orgulloso. El ejército ¿es imbatible? Su posición, ¿es inexpugnable? Tal vez, pero esas son malas razones para no atacar, si tales fuerzas nos cierran el único paso que puede conducirnos fuera del presente atolladero.

Henos aquí, pues, enzarzados en quijotescoas reflexiones. Gracias al buen

amigo Borad, que ha tenido la deferencia de llamarnos quijotes. La fe de los otros en uno se cuenta entre los mayores tónicos espirituales. Se nos ha hecho la suprema distinción de afirmar que tenemos las pupilas más abiertas a los principios que a los meros hechos que pretenden oponérseles. Conmovedor elogio. Ninguno que pudiera dispensársenos nos halagaría



más. Porque también estamos seguros de esto: es Don Quijote que salvará al país, no Sancho Panza.

Sin la sombra de una duda, nosotros estamos con Don Quijote. Queremos blandir nuestras lanzas, y alistarnos en sus filas. Sus seguidores, ¿nos contaremos en número suficiente como para dar batalla a un enemigo tan potente? Pues será cosa de ver. Si alguno da la primera embestida, otros vendrán después. Y con el tiempo, como ya mostró Cervantes, los sanchos terminarán quijotizándose; y todos juntos avanzaremos sobre las espadas huestes adversarias. Para entonces, las paredes supuestamente indestructibles de los molinos de viento comenzarán a derrumbarse como si fueran de mazapán.